

Alfonso Echeverría: Tragedia del Color

Por HÉCTOR FUENZALIDA

No hay mejor camino hacia los signos y claves de una obra, que la propia confesión del autor. A veces no es fácil ubicarlos en el contexto, ni siquiera aclarar mucho las evidencias de los títulos. Aquí los hallamos, al final, en escasísimas líneas. Echeverría sintió el peso del tema irresistiblemente, al volver del viaje al infierno africano, como un canto a la libertad, un descenso al sueño, según su propia expresión. El regreso le resultó como un comienzo. En Nueva York, otra vez, cabalgó sin cansancio montado en su rockante, su inasequible máquina de escribir.

Son notas, simples notas que toman cuerpo y que no acaban allí, sólo en este libro, las que le dan su unidad. Son las máximas que pueden proliferar llevándolo de éste a otro, a otro y otro. Ahora el tema que le embebe descanza en su terrible realidad: el odio de razas, el odio entre blanco y negro, temas que crecen o aparecen, a medida que avanza en la composición y que por intensidad, nunca llegan a agotarse para abordarlos enteramente. Sale fresco de sus manos, así, un primer precipitado original, lleno de intuiciones trascendentales, ocasionales o repentinas, otras, tejidas en una magia de tropos y de símbolos bíblicos y paganos que saltan del tema destilándose del teorema mismo de sus bases. Y así se va transformando en un canto a la libertad, en clara y rica poesía, en fantasía que no se detiene hasta llegar a la esencia primitiva.

Pero no es sólo esto, si se mira todo lo que queda tras él cuando camina por el mundo. En Chipre vislumbra otra tarea trascendental "al abordar una analogía entre griegos y turcos", buscando el signo de Eros y Otelo que sería materia de otro libro. Y declara: "Nada de lo que llevo dicho, está desvinculado del tema anterior de mi

obra. Y todo a la larga se entrelaza".

Conoció al autor, este niño inquieto y genial, en la casa de sus padres. Tenía una tez sonrosada y sana. Era travieso, observador, soñador, estudioso, un rebelde innato, unos ojos claros, alentos. A veces viéndolo caminar a marcha forzada como un atleta, en múltiples ocupaciones que se inventaba, pensaba que en él florecía un gran luchador y estudioso. ¿Y qué estudioso! Apenas salido de su primera juventud ya conocía seis idiomas, algunos de los cuales hablaba a la perfección. Este talento de fácil y expedita poliglota lo llevó a las Naciones Unidas, y es el que pone una nota filológica en toda su obra. Fue una época vivida en la turbulencia de viajes y acontecimientos. No se sabía nunca dónde estaba, en Europa, en América, en el Asia, en el África. Comenzó con su bautizo de escritor con una novela "La vacilación del tiempo" y un libro de poemas "El costo de la vida", antes del premio de su famoso relato "Nausicaa" que, en 1960, a los 28 años, le otorgó la revista *Life*, y lo lleva a la fama continental. Caltó después por unos años hasta sus poemas que titula "Tal es el tiempo" y este último ensayo que ahora publica su madre extrahido de entre un farrago de material inédito y que da anuncio de otros, uno que titula y compone en inglés "Hamlet in the White House". Murió en 1969, cuando apenas cumplía los 37 años. Una extensa línea de familiares completan su saga de escritor, desde su abuelo, más político que hombre de letras a quien tanto se parecía en lo físico, don Elodoro Yáñez, su tía, doña Inés Echeverría, Iris; su madre, María Pilar Yáñez, uno de nuestros prestigios literarios; su tío Alvaro Yáñez Bianchi, Jean Emery su hermano José Echeverría Yáñez, brillante ensayista, filólogo y catedrático, autor de obras de fina percepción publi-

cadas con éxito y resonancia en Francia y en nuestra continente.

En 1967 a Alfonso Echeverría le tocó integrar como intérprete simultáneo un grupo que la ONU envió a Londres y luego a Sudáfrica en misión de investigar las acusaciones formuladas por algunos prisioneros evadidos de sus cárceles, acusos de la violación de los derechos humanos en aquel territorio, lo que le da ocasión para comprobar el hábraro maltrato de que es víctima el nativo por el colonizador blanco, aclara el prólogo.

"Quince días de vigilia en la frontera más tenebrosa de Sudáfrica dejan la impresión de haber cumplido un largo viaje —dice—. Más largo en distancia que en días... Ha llegado a un paraíso inverosímil de belleza, con praderas montadas sobre un limo de abono volcánico. Pero el hombre ha perdido ese paraíso tal como lo señalan los textos bíblicos. Y comienza la tarea de revelar este mundo en que se confunden ahora infierno y paraíso. Procede como un poeta. "El niño cambia los nombres de las cosas —dice—, al igual que el poeta, está en el oficio de rehacer el mundo".

"Una minoría de tres millones de blancos administra un ganado de quince millones de seres semejantes" (los negros). En ese mundo impera un monstruoso contrasentido, además: las fieras viven en libertad, los hombres en esclavitud. Los últimos censos acusan que en este cráter habitan 30.000 animales libres. Entre esos pobladores, están los *wild-beasts*, oficialmente unos 25.000; especie absurda de los más tercos animales de la Creación, mezcla de caballo, cabro y vacuno. Allí se forma una verdadera incubadora de animales, en entera libertad, no lejos del cautiverio de los hombres, y en contraste frente a la libertad de la fiera y frente a los patéticos dere-

chos y anémicos libertades de los hombres.

Pero entre tales tenebrosas advertencias, todo el paso el sociólogo espantado al poeta estupefacto que dibuja los perfiles de bestias y aves, en abundante imaginaria, allí donde asoma la humanidad del animal humano. La liría "es Egera y aérea al andar en el suspenso juvenil de su asombro de nave". Colores y armonías inesperadas le hacen componer similes entre el cisne y elefante. "La verdad es que ellos, los elefantes, están en la era del Señor... Nueven las orejas como si fueran velas... y hacen un ruido grufón y gurgul de agradecidos de Dios". Ve este mundo en el espectro de la retina mientras caminan en automóvil, sin atraer siquiera la atención de las bestias, porque éstas conjuran su presencia, invocan sólo a Dios, no para pedirle auxilio, sino para ser por Él, contemplados.

Y ésa es la fórmula de su verdadera libertad. Y ésa será la libertad de los mundos esclavos en todas las latitudes ya provenga de una sociedad carcelera o de un mundo supercivilizado en el cual el hombre sea inatrapable en cualquiera clase de marco. Ésa es su verdadera libertad.

"El oro constituye —dice más adelante— algo más de la mitad de los ingresos de exportación de Sudáfrica. Es su exportación realmente vulnerable... si el oro dejara de usarse en respaldo de las diversas monedas "la economía de Sudáfrica quedaría virtualmente destruida" —según reproduciendo la predicción de Roger Opis y agrega más adelante (pág. 135): "Lo da cambiar por oro fue idea del blanco. Se lo llevó para cambiarlo: se lo entregó en la puerta. El oro desde su origen pertenecía a la muerte. Jamás el Inca habría pensado en tal heresia. No se lo habría ocurrido tal sacrilegio, no sólo contra la vida sino contra el oro, al país querífero por excelencia que fue el de los Incas...".

El Mercurio, Sept. 23-V-1971, p. 3. 670. 664

Alfonso Echeverría, tragedia del color [artículo] Héctor Fuenzalida.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuenzalida Villegas, Héctor, 1903-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Alfonso Echeverría, tragedia del color [artículo] Héctor Fuenzalida.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile